

BIBLIOTECA



Freud y Ferénczi: correspondencia

La iniciada correspondencia en español de Sigmund Freud y Sándor Ferénczi¹ (compuesta en su totalidad por unas mil doscientas cartas), es un suceso de importancia no sólo para los especialistas en psiquiatría y psicoanálisis sino para todo humanista. Acaban de aparecer los dos primeros tomos (pertenecientes al primer volumen), de una obra proyectada en tres libros y seis tomos y cuyas peripecias hasta comenzar a ver la luz son descritas en el prólogo.

Quizás sólo una conciencia de grupo (valga la paradoja) es capaz de llevar a cabo una tarea tan heroica. Cuando se piensa en las grandes ausencias, en el campo de la traducción, que tiene como ejemplo en español el diario completo de Amiel, la correspondencia de Flaubert y de Mallarmé, la obra en prosa de Coleridge o el *Zibaldone* (disponemos de una útil antología

debida a Rafael Argullol), echamos de menos esa conciencia apasionada por el rescate y la defensa de valores literarios que no son de gran público pero que deben estar entre ese público indefinido e imprevisible.

Esta correspondencia, por lo que puede leerse en estos dos primeros tomos, es un testimonio valiosísimo e insustituible de la aventura del psicoanálisis desde 1908 hasta 1933, fecha de la muerte de Ferénczi. Por ella no sólo sabemos sobre las publicaciones en el *Jahrbuch* y en la *Zentralblatt* sino acerca del desarrollo de los conceptos de transferencia y contratransferencia, el método psicoanalítico, el trauma, el desarrollo del yo, la paranoia y su vínculo con la homosexualidad y otras sutilezas de la disciplina inventada por Freud a la que tanto contribuyó su discípulo y corresponsal, sin olvidar la parapsicología, debilidad de Ferénczi y en la que vemos por un momento enredado al mismo Freud. Sándor Ferénczi nació en 1873 y Freud en 1856, así pues esos diecisiete años de diferencia entre ambos, además de las características paternas de Freud, situaban al psicoanalista húngaro en un rol filial del que, sin embargo, trató de salirse impulsivamente y cuyo rastro confesional se detecta en numerosas cartas. Ambos médicos se conocieron en 1908 y Ferénczi no tardó en entrar en la intimidad de la comunidad cuyos

¹ *Sigmund Freud / Sandor Ferénczi, Correspondencia completa. Vol. 1 (1908/1911). Vol. 2 (1912-1914). Edición a cargo de Eva Brabant, Ernst Falzeder y Patricia Giampieri-Deutsch; supervisión científica de André Haynal y transcripción de Ingeborg Meyer-Palmedo. Traducción de Thomas Schilling, Síntesis, Madrid, 2001.*

miembros fueron Adler, Stekel, Jung, Abraham, entre otros. Todos ellos al servicio de lo que Freud llamaba «la causa».

Además del interés para el historiador del psicoanálisis (las ideas se encuentran articuladas y profundizadas en sus propios libros) esta correspondencia tiene algo de novela epistolar centrada en dos personajes principales y varios secundarios. Ferénczi mezcla en sus cartas la vida profesional y la privada, de manera tal que no se puede hablar de un enamoramiento sin verse bajo la sospecha psicológica. El médico húngaro relata aquí, de manera dramática en muchos momentos, su relación con Gizella Palós, a la que admiraba por su inteligencia, pero no tardó en enamorarse de su hija, Elma, más atractiva pero menos interesante. La intervención de Freud consiguió apartarlo de la hija, a quien psicoanalizaron ambos, y Ferénczi se casa, en 1919, con Gizella.

Hay, también, pequeñas confesiones de Freud y, sobre todo, relato de su vida cotidiana, sin duda atractivo para todo aquel que se interese por su biografía o por la de Ferénczi. Como en otras correspondencias del médico vienés, se observan en ésta sus dotes literarias y dos cualidades que, si bien pueden cultivarse, forman parte, sobre todo, del don: la intuición para saber lo que importa y la capacidad

de ordenación. Esto es también muy visible en la correspondencia con el novelista Arnold Zweig. El mundo exterior no es muy grande. Ferénczi lleva una vida social más amplia que la de Freud, que en realidad está recluido en su casa salvo en las vacaciones, muchas veces planeadas y compartidas en parte con Ferénczi. Nos enteramos de la reacción de Freud ante los ataques de Karl Kraus, con quien tuvo primeramente un trato cordial ante el interés del célebre polemista por el psicoanálisis. Freud le dice a Ferénczi: «Usted conoce la inmensa vanidad e irreverencia de esa bestia con talento», y días después: «Lo que es un secreto –no se lo diga a nadie– es que es un imbécil rabioso con un gran talento histriónico. Por ejemplo, es capaz de fingir incluso inteligencia e indignación». Aunque es injusto con Kraus, ¿no es al menos parcialmente certero? También vemos por la mirilla la llegada de Lou Andreas-Salomé, que deslumbra por su inteligencia a Freud, pero advierte que se trata de una mujer en la que todas las huellas dan a la cueva del león pero ninguna sale de ella... En muchas ocasiones Freud se queja de lo mucho que trabaja («soy una máquina de ganar dinero»), pero en particular del disgusto que le dan sus discípulos con sus disidencias, especialmente Adler y Jung, de quien se distancia definitivamente en 1913. Freud, curiosamente,